

**RAFAEL
LORET DE MOLA**

***LOS*
ESCÁNDALOS**

*Un ensayo donde los culpables de los
desórdenes políticos tienen nombre y apellido*

grijalbo

Índice

<i>Expiación</i>	9
1. Los secretos	11
2. Los presidentes	29
3. Los operadores	47
4. Los juniors	65
5. Sotanas y uniformes	83
6. Nuevos mesías	101
7. Los socios	119
8. Los cazadores	137
9. Las cofradías	155
10. Hijos de perra	173
<i>Epílogo. Favoritos y cómplices</i>	191

Expiación

La obra que el lector tiene en sus manos, retrato fiel de lo que he visto, vivido y asimilado en los años recientes, debió encuadrarse bajo un título distinto. El original señalaba: *Hijos de perra*. Pero no pudo ser.

Todavía algunas resistencias, no imputables a los editores, siempre generosos con este autor, detuvieron la exclamación enérgica intentando atemperar, sin lograrlo, el filo de nuestra pluma, recurso legítimo de un escritor contra la inaudita prolongación de la barbarie política. Un capítulo, el último, recibió el bautizo acaso para redimirnos a todos del pecado original.

¡Hijos de perra! es una expresión catártica; también un grito que surge de la impotencia. Durante varios lustros un puñado de periodistas críticos, a quienes se han sumado otros que sólo se animan a cuestionar cuando tienen garantizado su *status*, hemos señalado, acusado, denunciado, a los grandes detractores de la vida nacional. A cambio, sin más razonamientos que la aviesa prepotencia, algunos de los peores vástagos del sistema perviven. ¿No es válido, entonces, alzar la voz contra ellos? Siquiera ese derecho, la sanción social, debe prevalecer contra la oleada de lacayunerías.

Los servidores de la jauría política, bajo el camuflaje de un cuestionable profesionalismo, dirán que, a falta de argumentos, caemos en la injuria fácil. Nada más alejado de este libro, como podrá corroborar el lector si se anima a traspasar esta antesala. Sucede que también el espí-

ritu se inflama ante el espectáculo oscuro de la inmoralidad pública y del continuismo que rebasó ya el linde de lo grotesco.

¿Qué hacer cuando, a despecho de infinidad de cuestionamientos jamás respondidos de manera cabal, un ex gobernador ligado al narcotráfico se asume como precandidato presidencial? En idéntica perspectiva, un personero de la peor mafia de nuestro tiempo, viola la Constitución y se reelige; y otros más, protegidos siempre por el gran poder contemporáneo, sólo sonrían cuando son descubiertos. Todos se saben usufructuarios de la mayor impunidad concebible; y cada uno, en su esfera, recibe a diario la bendición presidencial. Pero, ¿merecen ser tratados con la consideración de los eufemismos?

Por ello el calificativo con el que cerramos los expedientes del herido México actual acierta y sacude aun cuando no falten los hipócritas que desdeñen lo aquí asentado alegando un jubileo de la vulgaridad... como si sus castos oídos fueran ajenos al festín de inmundicias en que se ha convertido cada sucesión sexenal y cada nuevo, contaminado pasaje político, incluyendo los episodios criminales.

A los de piel delicada y manos largas bien les valdría sorprenderse por la prolongada manipulación de la casta gobernante y no por el clamor rotundo, fruto del dolor contenido ante la observación directa, de un periodista que se precia de ser incontrolable.

A esos hijos de perra, los saludo también.

RAFAEL LORET DE MOLA

1. Los secretos

—Peligrosa tesis, Rafael. Peligrosa tesis.

Octubre de 1991, ciudad de México. En el despacho del titular de la Secretaría de Gobernación, Fernando Gutiérrez Barrios, no parece haber lugar para las divagaciones; la política es concreta, recia, inapelable. Cuenta la historia que el connotado veracruzano con quien dialogo es un hombre con “mano firme” forjado al calor de las tareas policiacas, pero ni su apariencia ni su suave acento responden al estereotipo de los autócratas. Delgado, con rostro apacible en el que sólo sobresale un discreto pero bien recortado bigote, don Fernando filosofa en territorio propio:

—Insinuar que el presidente de la República sea capaz de postular a su hermano para que le suceda en el ejercicio del poder me parece, francamente, temerario.

—Es ficción, don Fernando. La trama se desarrolla en una nación imaginaria que no necesariamente coincide con México.

—Usted y yo sabemos cuáles son los móviles, Rafael. Ponga las ideas a reposar y tranquilícese. Ya verá que las cosas irán componiéndose.

Días difíciles aquellos para los periodistas mexicanos. Lo han sido todos desde el arribo de la nueva clase tecnopolítica y bajo el peso de la acotada “libertad” de expresión que, cada año, reúne más cadáveres en torno a las mesas de celebración. Un duelo simulado con el antifaz de la verdad mediatizada. Porque ningún crítico independiente, que lo sea

en serio, ha dejado de percibir, en carne propia y en mayor o menor grado, la sinrazón represiva del “sistema”; y en aquella jornada tenía yo plena conciencia del hecho.

—Vengo a verlo —le dije a Gutiérrez Barrios— porque, a mi regreso del viaje que contra mi voluntad usted me impuso, encontré todas las puertas cerradas. Tengo etiqueta de periodista incómodo, indeseable en los medios acostumbrados a lucrar con sus relaciones con el gobierno.

—Nada tenemos que ver en eso —respondió el “ministro”—. Yo no soy director de periódicos ni accionista de ninguna estación de radio. ¿Qué va usted a hacer?

La pregunta, en sí, era una invitación al quebranto moral; un desafío con un severo handicap en contra. No parecía haber salidas, pero encontré una:

—Usted me ofreció que no intervendría para bloquear mi reincorporación a mis medios habituales. Y no ha sido así, don Fernando. Pero voy a seguir escribiendo...

—¿En dónde, Rafael?

—Haré un libro para exhibir nuestra realidad y proyectar posibles desenlaces. Creo saber cuál será el derrotero de Carlos Salinas de Gortari: conservar su influencia sin necesidad de reelegirse.

—Tranquilícese, Rafael. Por su bien.

La tensa audiencia, solicitada por mí para exigir respeto y las garantías mínimas, no se apartó de las cortesías habituales:

—En su momento, Rafael, le acercaré al “bueno”.

—Eso quiere decir que no lo será usted, don Fernando. ¿A quién le apuesta? ¿A Manuel Camacho o a Luis Donaldo Colosio?

—Es un buen amigo suyo. Y eso obra en su favor.

Tiempo atrás, en los prolegómenos de la sucesión de Miguel de la Madrid, a quien diseccioné en toda su amplia mediocridad —*Radio-grafía de un presidente*, Grijalbo, 1987—, Carlos Hank González, temido por unos y endiosado por otros, me advirtió solemne:

—Recuerde: en este país un periodista y un político pueden sobrevivir siendo adversarios de un régimen; jamás si lo son de dos seguidos.

El estigma de la corrupción alcanza a todos. Y no faltan quienes pontifican, erigiéndose en paladines de la honestidad sin enseñar las

manos sucias. Son tantas las evidencias sobre la indigna cohabitación de los informadores con los gobernantes que a todos nos llegan las sospechas.

—¿Cuáles son sus “fuentes”? —me cuestionó un locutor radiofónico en Guadalajara—. Se dice que Gutiérrez Barrios y Hank están detrás de usted...

—Nadie se ha atrevido a responderme —contesté—, ni he sido objeto de juicios por difamación como otros colegas. Esto corrobora que no faltó a la verdad. Sin embargo, usted duda sobre la autenticidad de mi trabajo. ¿Gutiérrez y Hank? Sí, muchas veces he dialogado con ellos. Debo hacerlo si pretendo contar con información de primera mano. Pero de ello a que sean mis promotores hay un abismo...

—¿Entonces por qué no los ataca como a otros?

—También los he cuestionado cuando ha sido necesario. Son dos figuras plenas de claroscuros. Puntualizo: no ataco, señalo; no ofendo, cuestiono. Los periodistas si no somos contrapesos de quienes ejercen el poder, perdemos nuestra razón de ser y fracturamos vocación y destino.

—Pero con Hank y Gutiérrez Barrios es usted más tolerante...

—Es un enfoque equivocado. A don Fernando lo he señalado como el operador represivo del sistema, sobre todo contra los periodistas; y de Hank he dicho, nada menos, que cada día son más las interrogantes acerca de sus presuntos vínculos con el narcotráfico y su condición de “número uno”. ¿Es poca cosa?

El escepticismo tiene razón de ser porque nadie sabe, a ciencia cierta, hasta dónde se extienden los pantanos. ¿Cómo confiar en un comunicador cuando son tantos los episodios de los mercenarios convertidos en defensores a ultranza de sus amigos? A veces basta con la zalamería para cooptar a decenas de periodistas, incluso a algunos de los más intransigentes. Bien lo sabe, entre otros, José Antonio González Fernández, líder priísta por designio superior tal y como otrora sucedía durante las avasallantes monarquías europeas que ahora deambulan por el parlamentarismo.

—El licenciado González Fernández le invita a desayunar en su despacho. ¿Tiene usted algún inconveniente? Él, como yo, es un buen lector de sus obras. Y quiere hacerle algunos comentarios.